El insuperable amor de las madres: ahí está el lugar de nuestro aprendizaje

El insuperable amor de las madres: ahí está el lugar de nuestro aprendizaje

Mientras conducía, han venido a mi memoria los versos de una vieja canción, que escuché no sé cuándo y posiblemente con la voz de **María Dolores Pradera.** Como en tantas de sus letras, alude al amor perdido: *partiré canturreando mis poemas más tristes, le diré a todo el mundo lo que tú me quisiste*. Mi poesía era y no era triste: la letra tenía que ver con el fallecimiento de mi madre. Volvía a Valencia después de vivir sus últimas horas, velatorio, funeral y entierro. ¿Cómo no va a resultar doloroso todo esto? Pero al mismo tiempo no era triste y daba gracias a Dios por haberla conservado entre nosotros hasta los 103 años bien cumplidos. Confiando que goza de Dios.

Pero he acabado prestando más atención a la segunda parte de esos versos: *le diré a todo el mundo lo que tú me quisiste*. Pensaba que el hijo más querido de mi madre éramos todos, incluidos los dos que faltaron antes que ella; cada uno era el más amado según su forma de ser, su situación personal, sus dificultades, practicaba esa justicia de las madres que saben tratar desigualmente a los hijos desiguales. No voy a hablar de mi madre, sino del insuperable amor de las madres.

Phoca PDF

Estaba releyendo estos días una obra de **Ratzinger** en la acerca de Cristo que todo su ser de Dios-hombre es para darse a los demás, de tal modo que no hay nada en su obrar que escape a esa finalidad. En consecuencia, el cristiano lo será tanto más cabalmente cuanto más y mejor sirva a los demás por amor a Dios. Jesús de Nazaret afirmó que el Hijo del hombre no había venido para ser servido sino para servir. Las páginas del Evangelio son un canto sencillo de esa realidad sublime: será el hombre misericordioso que se compadece de todas las carencias humanas, perdona todos los pecados, los hace suyos para redimirlos en la Cruz. Se hace esclavo de todos en el lavatorio de sus pies, en algo más grande que un gesto porque expresa la realidad de lo que es: servidor de la humanidad.

Pensaba en todo esto, tratando de ordenar algunas ideas para la prueba nada fácil de predicar en el funeral de mi madre. Se agarrota la garganta seca, crecen las palpitaciones, se ahoga la voz. Ratzinger vino en mi auxilio trayéndome la ocurrencia de que son las madres quienes mejor reflejan el amor de Cristo porque saben que ser madre es ser para otros de un modo difícilmente superable. Tal vez por eso escuché muchas veces a **san Josemaría** que Dios nos quiere más que todas las madres del mundo juntas. Es la aproximación que mejor podemos captar.

Se lee en Forja: *Si yo fuera leproso, mi madre me abrazaría. Sin miedo ni reparo alguno, me besaría las llagas*. El autor eleva luego el ejemplo al plano sobrenatural, pero baste lo transcrito para nuestro propósito de esbozar en pocos trazos el inigualable amor de las madres que, cuando es preciso entra en los espacios reservados a lo heroico. Las madres tienen un sólo secreto: el de darse sin esperar nada a cambio, sin pasar factura de su entrega alegre. Ahí está el lugar de nuestro aprendizaje.

Pero ¿no suena todo esto a músicas celestiales, a nubes de colores, en una sociedad podrida por la corrupción en todas sus variantes?: los *Luis Candelas* al revés: ahora roban a los pobres para dar a los ricos; los traficantes de influencias; los del tanto por ciento; los que ponen una mano para el partido y otra para sí mismos; los de los cursos de formación falsos, pero cobrados. Si al menos pudiera quedar firme la fe inquebrantable en la Administración de Justicia, algo nos salvaría, pero la verdad es que no las tengo todas conmigo. Hace unos años, los jueces de Italia que se titularon "Manos Limpias", mostraron poco después las manos y la cara sucias.

No pueden jueces y fiscales aplicar la justicia desigual para los hijos desiguales, pero deberían intentar algo semejante, a fin de evitar que, por cobardía, moda u otras causas inconfesables, existan personas indefensas o que se cargue al acusado con el peso de la

Phoca PDF

prueba en lugar de recaer en quien acusa, o que pueden acabar siendo protagonistas del adagio clásico: “summun ius summa iniuria”, que puede traducirse como *suma justicia suma injusticia*. Si es grave no hallar los culpables de un delito, puede ser peor condenar a inocentes o incluso imputarlos aun cuando haya después sobreseimiento, porque la calle ya los ha condenado y no sin cierto fundamento: aquel que se basa en la multitud de hechos delictivos casi diarios.

A pesar de todo, es posible aprender de las madres ese modo de querer dándose. siempre será más acertado, mejor y más fructífero esforzarse en amar antes que juzgar, comprender en lugar de pensar mal, no pedir a gritos el peso de la ley que está a punto de caer sobre quien clama justicia desaforadamente. Con no rara frecuencia, ese es el siguiente.

Pablo Cabellos Llorente

Phoca PDF